

LA CIENCIA EN LA OBRA DE QUEVEDO

María Dolores GONZÁLEZ RODRÍGUEZ
Departamento de Filosofía y Lógica
y Filosofía de la Ciencia
Universidad de Salamanca

La obra de Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645) es una de las cumbres del Barroco que difícilmente encuentra una calificación que le haga justicia: no puede circunscribirse únicamente a la riqueza de su expresión literaria, ni a una clasificación y encasillamiento de sus obras, ni a su figura controvertida, llena de paradojas y contradicciones. Su literatura es un ejemplo de un prodigioso despliegue verbal, un dominio de los géneros de su tiempo, una revitalización de fórmulas clásicas, todo ello en una producción que combina con igual éxito la hondura intelectual de sus obras “serias” (morales, religiosas, filosóficas, de carácter político y gran parte de las motivadas por acontecimientos relevantes de su época) junto con el cultivo de los géneros más populares (jácaras, poesías burlescas, romances, entremeses teatrales, novela picaresca, etc.). En filosofía, el vigor de su pensamiento de rai-gambre neoestoica lo sitúa entre los grandes humanistas, mientras que su aguda conciencia de los problemas y la decadencia que vive el imperio de los Austrias hacen de él un intelectual comprometido que pone su pluma al servicio de diversas causas: el compromiso con la institución monárquica, una fe católica inquebrantable, las tensas relaciones políticas con el exterior, las críticas y denuncias a miembros del gobierno, las inquinas que se granjeó en diversos ámbitos y las que intencionadamente provocó, etc. Todo ello convierte a la literatura de Quevedo en uno de los mejores testimonios de la compleja época en que vivió, en un “espejo de su tiempo” según Marichal.

A diferencia de su pensamiento filosófico, religioso o político-social, que explicitó en varios tratados y obras dedicadas a su exposición o análisis, la opinión sobre la ciencia que pudo tener Quevedo no aparece expuesta en una obra específica o en un pasaje concreto y con carácter sentencioso, incontrovertible; esto, por otro lado, es difícil de hallar en Quevedo, ya que este autor

cultivó una suerte de perspectivismo que, bajo la apariencia de contradicciones, es una muestra de su gran capacidad para reflejar la complejidad de los temas que abordaba. Como una parte más de la sociedad que tan bien retrató, la ciencia parece estar diluida a lo largo de sus obras, desgranada de una manera más o menos consciente, ya sea en referencias a contenidos específicos, en la pintura grotesca de profesionales relacionados con disciplinas científicas o en sus explícitos juicios a obras o aportaciones de famosos científicos. Aquí tan sólo se propone una tentativa de rastreo de la presencia de contenidos científicos en sus escritos como una labor aproximativa a la extensa obra de Quevedo. Los conocimientos de índole científica que Quevedo demuestra poseer, junto con el modo de retratar a los profesionales de las disciplinas científicas, especialmente los médicos, son dos aspectos esenciales para juzgar la obra de este escritor en relación a la historia de la ciencia en España. Sin embargo, por la presencia tan fuerte en su obra del rechazo y escarnio de todo lo relacionado con la ciencia, es necesaria una indagación en las posibles causas o en la naturaleza de este rechazo.

Sin ningún ánimo concluyente, los problemas ideológicos y patrióticos en los que se vio implicado de una manera directa influyen notablemente en la valoración que el escritor emite sobre las ciencias de su época¹.

1. CONOCIMIENTOS SOBRE LA CIENCIA Y SUS PROFESIONALES

Los estudios en profundidad acerca de las ciencias en la obra de Quevedo se han centrado en las dos ciencias dominantes en el siglo XVII, la medicina y la astrología, ésta última agrupando tanto a la astrología como a la astronomía, ya que el término en la época se refería a ambas disciplinas. Alessandro Martinengo en *La astrología en la obra de Quevedo. Una clave de lectura*

¹ Recuérdese que la palabra “ciencia” todavía mantiene en el siglo XVII un significado general que remite a todo el acervo de saberes, y no sólo el conjunto de conocimientos generados por el empleo del método científico. Por tanto, puede resultar equívoco hablar de “ciencia” desde un punto de vista actual mientras que en la obra de Quevedo se encuentra en su doble uso: su utilización como sinónimo de erudición y con el sentido de disciplina o ciencia particular (de ahí las referencias a las distintas ciencias desarrolladas o cultivadas en su época). Más aún, en su tiempo todavía no estaba del todo formado el edificio de la ciencia, en el sentido de una plena institucionalización de dicha actividad. Por tanto, no estaba del todo establecida la diferenciación de las prácticas no científicas (que desde nuestro punto de vista actual serían consideradas pseudociencias) como la astrología, curanderismo o alquimia, de otras prácticas, como es el caso de la astrología, la geomancia o la alquimia (a pesar de ser esencial para el desarrollo de la química). Para una estructuración de los saberes en el XVI y XVII, véase LÓPEZ PIÑERO, J.M., *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, Labor, 1979, págs. 39 y ss.

(1992) ha planteado un rastreo por los escritos de Quevedo para demostrar la sólida formación que el autor tuvo de estas ciencias, a pesar de su carácter sospechoso y de las vitriólicas sátiras que vertió acerca de ellas. El estudio finaliza con un apéndice donde se analizan los avatares que siguió la biblioteca de Quevedo y cómo pudo el autor conseguir libros sobre alquimia, magia y astrología, prohibidos por el *Index*; la respuesta parece residir en sus viajes a Italia durante su época al servicio del duque de Osuna (los años anteriores a 1619). No en vano, durante su estancia en Italia entró en contacto con la “Academia de los Ociosos”, fundada en 1611, de la que era mecenas el duque de Lemos, y una gran parte de los libros que poseía sobre filosofía natural y temas astrológicos procedían de autores italianos. El buen conocimiento de temas científicos del escritor también lo confirman José Tato Puigcerver (1999) y Mariano Turiel de Castro (1997), quienes se han centrado en el estudio de la medicina en la obra del escritor; ambos coinciden en la precisa información que Quevedo maneja a la hora de retratar cuadros de enfermedades, dolencias o datos más específicos como la mención de obras, escuelas de medicina o teorías de reputados médicos. Por otro lado, Sagrario López Poza (1995) ha insistido en la completa formación que recibió Quevedo en el colegio de jesuitas, y posteriormente en las Universidades de Alcalá y Valladolid, muy superior a la habitual en los intelectuales de la época (1995). En la facultad de Artes y Filosofía se familiarizó con la filosofía natural, básicamente por las obras aristotélicas y de corte tomista, comprendiendo también la geometría —euclidiana—, matemáticas y geografía. Todo esto confirma el buen conocimiento que Quevedo tuvo de la ciencia de su época aun cuando no estuviera implicado directamente con estas disciplinas ni parece que tuviera contactos con científicos, una muestra más de su gran erudición.

Del tratamiento que Quevedo hace de la astrología llama la atención la indistinción entre la astrología lícita -cuyo estudio era muy necesario para la elaboración de calendarios o para la navegación, por ejemplo- y otra de carácter supersticioso, cercana a la magia y el ocultismo.

Ambas dimensiones ya tenían una larga tradición desde finales del siglo xv en Italia; en España, Pedro Ciruelo escribió a mediados del siglo xvi la *Reprobación de las supersticiones y hechicerías. Libro muy útil y necesario a todos los buenos cristianos*. Sin embargo Quevedo tenía una referencia más cercana, contando en su biblioteca con un ejemplar del tratado del jesuita Martín Antonio del Río, *Disquisitionum magicarum libri sex*, que había distinguido entre las prácticas naturales y las diabólicas. Por esta razón resulta sorprendente que Quevedo en muchas ocasiones pase por alto la distinción y establezca una asociación entre la alquimia, la astrología y la herejía, situando estas

ciencias en el plano de la demonología. Una lectura atenta como la que sugiere Martinengo (1992) revela tímidamente las dos corrientes dentro de los escritos de Quevedo, especialmente en *Los Sueños* donde, a juicio del estudioso italiano, mientras que los alquimistas son directamente considerados herejes, los astrólogos son retratados con más benevolencia y son presentados como víctimas de su ciencia. De este modo, en el *Sueño de El Alguacil Endemoniado* los locos son colocados junto con los astrólogos, mientras que los necios son agrupados con los alquimistas (QUEVEDO, 1947, p. 151). Tanto en *El sueño de El Infierno* (1947, p. 177-8) como en *La Hora de todos y la Fortuna con seso* (1975, 138-143) encontramos una estructura similar de presentación de los alquimistas y un mismo juicio condenatorio a la hoguera. *La Hora* es una obra de madurez (1636) compuesta por una serie de cuadros cuyo nexa de unión es el tópico latino de “el mundo al revés”. En el cuadro XXX se describen las tretas de un alquimista que intenta conseguir dinero para hallar el proceso de transustanciación y, como resultado, conseguir la piedra filosofal. La alusión a las supuestas fases de dicho proceso y la mención de los principales autores en esta disciplina son una prueba del buen conocimiento del que disponía el autor. Como anécdota, resulta curioso que en el mismo *Sueño de El Infierno* (1947, p. 169) de alguna manera Quevedo sea más magnánimo con los alquimistas (entre los que cita a Demócrito, Avicena, Geber o Raimundo Lull), acusando a los boticarios de ser “los verdaderos alquimistas” ya que de todos consiguen beneficio económico, mientras que los alquimistas escribieron sobre “cómo de los metales se podía hacer oro” (y continúa, “no lo hicieron ellos; y si lo hicieron, nadie lo ha sabido hacer después acá”).

Por otra parte, siguiendo con el contraste entre locos y necios, en *El sueño del Infierno*, el astrólogo que aparece al final compone una delirante escena, típica de un maniaco, al llegar con los instrumentos de su profesión (astrolabio, mapas, globo terráqueo) y explicar que los planetas no estaban alineados de tal suerte que existía un error y en realidad no era el día del juicio final (1947, p. 146). Esta ridiculización por la técnica de reducción al absurdo de situaciones y descripciones de los personajes es un recurso habitual en las sátiras quevedescas de los oficios; otro de sus recursos es la parodia de los discursos. Por ejemplo, los pasajes más representativos de la banalización de la astrología judiciaria se basan en estos dos recursos literarios: desde “el horóscopo burlesco” de su “Romance en el que refiere su nacimiento” (1996, p. 762) hasta el magnífico “Tratado de la adivinación”, incluido en *El libro de todas las cosas y otras muchas más, compuesto por el único maestro mal sabidillo*. Este libro es una especie de enciclopedia cómica acerca de asuntos cotidianos relacionados con prácticas científicas o pseudocientífi-

cas, un manual satírico que refleja costumbres y opiniones del pueblo sobre ciertos oficios pero que, pese al tono humorístico, deja constancia del conocimiento de Quevedo sobre estas materias.

La astrología y las artes adivinatorias son reducidas al absurdo mediante la parodia de los discursos y la utilización de términos como “naguimánticos”, “frontimánticos”, “codimánticos”, “pescuicimánticos”, “piedimánticos” en clara analogía con la quiromancia y demás técnicas de adivinación mediante el estudio e interpretación de partes del cuerpo. Junto a la burla de dichas artes (familiares para cualquier lector de su tiempo, recordemos que el conde-duque de Olivares fue un aficionado a la astrología judiciaria), Quevedo dedica en esta misma obra un apartado a la “Fisionomía” basado en la caracterización grotesca, pero que podemos relacionar con una obra muy posterior, la *Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Armando Richelieu, hecha por la Escuela Médica de Montpellier* (1635). En la *Visita* las referencias de carácter científico están basadas en documentos reales y se encuentran plenamente integradas en una parodia política efectista respecto a los sucesos de 1635 y el ambiente de tensión con Francia. Como en los *Sueños*, la fantasía de este viaje a la cabeza del cardenal Richelieu, aquejado del “mal francés”, está plagada de simbolismos en los que los términos médicos son una constante para mantener el discurso paródico de un informe médico, así como la presencia de equívocos y dobles significados. Por otro lado, en esta ficción aparecen convocados famosos médicos europeos como Andrea Vesalio, Lematrie (bajo el nombre de Rodolfo Magistro), Bayro, Jover (Laurent Joubert) y Bacchanelii. Además, en el texto aparecen dos figuras esenciales en la cultura francesa de la primera Modernidad, Michel de Montaigne (el “señor de la Montaña”) que presidirá la junta de médicos, y François de Rabelais, quien había utilizado las descripciones fisiológicas a lo largo de las páginas de *Gargantúa y Pantagruel* (la fisionomía del rey Quaresmeprenant). Como ha demostrado José Tato (1999) los términos médicos y las descripciones están basados en los textos científicos o en las colecciones de aforismos médicos; además, la descripción del “morbo regio” que padece el cardenal, la ictericia, está tomada del *Tesoro de la Lengua Castellana* (1611) de Covarrubias.

En la *Visita y Anatomía* encontramos un recurso convencional tanto en la prosa de Quevedo como en la de otros autores de su tiempo, el empleo de metáforas médicas aplicadas a la sociedad o a cuestiones políticas (sea en clave humorística o no). La teoría de los humores es una de las más citadas, conocida desde la antigüedad en el XVII no se reduce al ámbito médico y es frecuente su presencia en la literatura, por ejemplo Saavedra Fajardo la utilizó para dar recomendaciones al monarca, y Cervantes tuvo muy en cuenta las teorías de Huarte de San Juan (*Examen de Ingenios para las ciencias*) para carac-

terizar a don Quijote según las cualidades de los humores. Por otro lado, en línea con los autores más críticos de su época, los arbitristas, Quevedo recurre a la metáfora extraída de la medicina para sus consejos políticos y morales, de tal suerte que se produce una equiparación entre la medicina y la ética tanto a nivel personal como social (TURIEL de CASTRO, 1997, p. 153). De este modo, la medicina no es sólo el arte de curar el cuerpo sino también el espíritu, y las purgas y las sangrías son el equivalente de los tributos que sufría la población. Una aplicación sorprendente de la metáfora basada en términos científicos nos la proporciona su obra *Providencia de Dios, padecida de los que la niegan y gozada de los que la confiesan* (1641), firmada bajo el nombre de Fray Tomás de Villanueva. Al plantearse los fundamentos del ateísmo, Quevedo interpreta el orden cósmico celeste como una prueba de la existencia de Dios, de tal modo que las ciencias sólo vienen a confirmar dicha existencia que, por otro lado, considera incuestionable (algo lógico dentro de un esquema tomista-escolástico). En el inicio de este tratado reúne la teoría de los humores y la imagen del hombre a semejanza del funcionamiento de los cuatro elementos y de las esferas celestes.

Esta unión de imágenes procedentes de la medicina junto con la astronomía en realidad fue uno de los aspectos clave de la ciencia islámica durante la Edad Media, pero llama la atención esta conjunción de elementos físicos y cuestiones médicas en el siguiente pasaje, ya que se trata de una obra con un marcado sentido teológico:

“Sólo el perdimiento más rematado pudo persuadir que las cosas todas sin Criador se criaron y sin Hacedor se hicieron; y que no habiendo choza sin dueño en el mundo, el mundo no tiene dueño. Y ¿negarán que le tiene el universo, viviendo en el cielo la cuidadosa república de las luces, y la armonía de sus movimientos, que resbalando de día y de noche, traen con sus pasos en la noche y el día los partos de la tierra y la fecundidad de los demás elementos, repartiendo médicos por las cuatro estaciones del año el gobierno de las cuatro calidades para correspondencia pacífica de los humores, para la producción de tan diferentes obras?”².

Una prueba del grado de conocimientos sobre los últimos descubrimientos científicos la hallamos en la referencia implícita a Galileo en *La Hora de todos y la Fortuna con seso* (en la que también se menciona la teoría

² QUEVEDO, F. de, *Obras Completas I*, Madrid, Aguilar, 1947, p. 1543 (subrayado nuestro). En realidad, se trata de una doble metáfora: aplica la teoría de los humores al clima, al mismo tiempo que es reflejo de la armonía celeste y, por otro lado, la metáfora del orden celeste sirve para probar la armonía de la creación divina.

ptolemaica) en el cuadro XXXVI. Este capítulo es uno de los más extensos y sigue la tendencia del anterior al centrarse en alusiones a uno de los muchos enemigos del Imperio, las expediciones holandesas en tierras americanas. En este encuadre tiene lugar el encuentro entre un capitán holandés y el jefe araucano, quien rechaza la oferta del anteojo que le había hecho el capitán con las siguientes palabras:

“Instrumento que halla manchas en el sol y averigua mentiras en la luna y descubre lo que el cielo esconde es instrumento revoltoso, es chisme de vidrio, y no puede ser bienquisto del Cielo”³.

El rechazo abierto muy probablemente no se deba tanto a una consideración científica cuanto al hecho de que el telescopio tenga la procedencia de un país protestante y enemigo de España. A favor de esta tesis podemos argumentar la polémica que el autor mantuvo con el duque de Uceda a causa de un globo terráqueo y un estuche con instrumentos matemáticos (MARTINENGO, 1992, p. 43 y ss.). La controversia generó varios poemas de tono jocoso y limitados a la circunstancia de la esfera prometida por el duque que nunca le entregó (QUEVEDO, 1996, p. 713-718). Al margen de la anécdota, esto prueba que Quevedo no debió ser tan enemigo de la astronomía, sino que sintió gran curiosidad por ella.

Las referencias a la esgrima -y sus fundamentos matemáticos- en *El Buscón* (1947, p. 344-346) y en el *Sueño del Juicio Final* (1947, p. 143) constituyen un ejemplo curioso del tratamiento de la ciencia; se trata de una ridiculización de un personaje real con el que al parecer Quevedo mantuvo una disputa (aunque no es un hecho que esté completamente confirmado) o cuando menos mostró abiertamente su desprecio en los dos episodios humorísticos en que lo reflejó.

El personaje no parece ser otro que Luis Pacheco de Narváez, de gran prestigio en los círculos cortesanos y famoso por su interés en los tratados y teorizaciones sobre el arte de la esgrima, así como por sus propias obras (JAURALDE, 1998, p. 193-196). La esgrima desde un punto de vista geométrico y algebraico parece una sátira hiperbolizada de la matematización de un arte, de la obsesión de su tiempo por utilizar los tratados científicos en las distintas actividades cotidianas. En la escena de *El Buscón*, la burla también va dirigida a un arte típico de la nobleza que al mostrar la ridiculización del maestro contribuye al escepticismo de Pablos respecto a su intento

³ QUEVEDO, F. de, *La Hora de todos y la Fortuna con seso*, Madrid, Castalia, 1975, p. 177.

por pertenecer a dicha clase social. Como anécdota recuérdese el capítulo XIX de la segunda parte de *El Quijote*, donde aparece la escena de disputa sobre cuestiones de esgrima entre Corchuelo y el licenciado (que bien pudo ser el motivo para la sátira en el *Sueño del Juicio Final*, ya que en Cervantes se reflejaba un buen empleo gracias al rigor científico).

2. LOS PROFESIONALES DE LA CIENCIA

Las consideraciones que el autor vertió sobre los científicos se centraron especialmente en los de las ciencias médicas, contra ellos manifestó una especial inquina y no desaprovechó ocasión para su denigración y burla. En esta galería de personajes retratados burlescamente, en ocasiones convertidos en esperpentos, los médicos y los boticarios son los más aborrecidos; los primeros ejercían un “oficio de difuntos” mientras que los segundos “pactaban con el diablo”. A su lado, encontramos a cirujanos, barberos, albéitares, sacamuelas, ensalmadores, etc. Esta línea de escarnio no es ni mucho menos exclusiva de Quevedo, cuenta con una larga tradición en la literatura europea (Rabelais es el exponente más claro) y también en España. Quizás lo que resulte más llamativo es la frecuencia de estas burlas en los escritos de Quevedo, tanto en los específicamente burlescos (sonetos, romances y jácaras) como en sus obras más serias.

La saña de Quevedo se centra en una serie de defectos y vicios que achaca a médicos, boticarios, cirujanos y barberos; desprecia el desmedido egoísmo que mostraban los médicos y boticarios, aliándose en muchas ocasiones para cometer abusos. Solían estar más preocupados de alargar la cura que de sanar a los enfermos (motivo repetido en muchas ocasiones, por eso entre burlas y veras en unas de su premáticas -*Premática de todas las cosas acaecidas en el año de 1620*- aconseja pagar al médico cuando se goza de salud para evitar caer enfermo, de lo contrario nunca mostraría el galeno interés por agotar una fuente de dinero que se interrumpiría mediante la curación). Otra de las preocupaciones de Quevedo respecto a la medicina es la ignorancia que muchos de los médicos exhibían sin ningún pudor, sin admitirla ni hacerse responsables de sus errores; más aún, llamó la atención sobre los doctores fingidos, como Bras Mojón, personaje del entremés *El médico*. A esto se añadía la admiración ciega del vulgo hacia los intelectuales, como deja escrito en un satírico párrafo de la *Premática del tiempo*:

“Asimismo visto que la presunción del vulgo bárbaro califica los estudios y ciencia con los años, mirando en los letrados, médicos y aun teólogos más en la barba que en la ciencia, ordenamos que todos éstos, antes de ir a las universidades a graduarse de ciencia, vayan a casa de algún remendón de la naturaleza o a vivir algún tiempo entre los ermitaños a graduarse de barbas.

Sólo les vedamos ir a casa de los barberos porque estaría en sus manos dejarlos sin ciencia, con quitarles la barba y rapársela toda”⁴.

Las profesiones médicas son las más institucionalizadas, las que el vulgo percibe como más cercanas y cuyo fin es claro para todas las capas sociales. Desde finales del siglo XVI ya gozan de cierta cobertura y organización estatales, en forma de los tribunales del protomedicato⁵, extendidos más tarde a albéitares, y la intervención estatal en la concesión de los títulos universitarios. De alguna manera estos exámenes responden a la incipiente necesidad de distinguir a los médicos graduados de competidores como curanderos, supersticiosos, etc., que solían tener el favor de un amplio sector social.

La duda sobre los modos de ejercer la medicina es un motivo característico, pero sorprende que el propio autor admita la necesidad de la ciencia, su carácter falible y lo inevitable de ciertos errores: “sin culpa de la ciencia se ocasionan los errores en las curas más judiciosas”⁶. Pero no es lo habitual esta actitud comprensiva; los errores son motivo de no pocas burlas, así refleja la confusión entre una purga y una receta afrodisíaca, los fallos de diagnóstico, la cura por la bolsa del paciente, etc.

La preocupación por las apariencias y la parafernalia que acompañaba a los médicos, tanto en el ropaje como en el discurso y los tecnicismos empleados, componen un magistral retrato del oficio de médico que la obra de Quevedo ha legado:

“Si quieres ser famoso médico, lo primero linda mula, sortijón de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga y en verano sombrero de tafetán. Y teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres doctor; y si andas a pie aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto, que su ciencia consiste en la mula”⁷.

La asociación de estos oficios con el origen judeoconverso de sus practicantes es otro de los grandes lugares comunes en Quevedo, en realidad esta

⁴ QUEVEDO, F. de, *Obras Completas I, op. cit.*, p. 119.

⁵ En algunas ocasiones se hicieron famosos los abusos de los tribunales y su dudosa imparcialidad. En su colección de *Migajas sentenciosas* Quevedo alude a su poder: “Los reyes, en casos extremos suyos, obran como los protomédicos, sin consulta de inferiores” (*Obras Completas I, op. cit.*, p. 1116).

⁶ QUEVEDO, F. de, *Obras Completas I, op. cit.*, p. 1455 (*Virtud Militante*)

⁷ QUEVEDO, F. de, *Obras Completas I, op. cit.*, p. 127 (*Libro de todas las cosas*). Un cuadro similar aparece en el *Sueño de la muerte*, donde médicos y practicantes abren el desfile, seguidos por los boticarios, cirujanos, sacamuélas, barberos, todos ellos “ministros de la muerte” (*Ibidem*, p. 195-197).

creencia se mantuvo durante mucho tiempo (tal como ha estudiado Julio Caro Baroja). Por ejemplo, en la *Premática del Tiempo*, escrito paródico que imita el estilo de las premáticas y arenceles, el autor realiza un recorrido por los tipos más característicos de la sociedad del setecientos.

En su retrato social dedica un párrafo a los profesionales de la medicina: en primer lugar son tenidos por armas⁸, para pasar específicamente a considerarlos enemigos del cuerpo usando una estructura comparativa muy usual en su literatura, equiparándolos con los abogados y letrados, además de vincular la práctica de los oficios con la sospechosa consideración social:

“Y declaramos por tres enemigos del cuerpo a los médicos, cirujanos y boticarios; y por tres enemigos de la bolsa a los escribanos, procuradores, cocheros o gitanos. Item, porque sabemos hay cierto linaje de valentones matantes, que sólo matan a quien se deja matar, mandamos que no pueda tener nombre de valiente quien no fuere o pretendiere ser hijo de médico, cirujano o boticario.”⁹

Estos rasgos, que bajo la pluma de Quevedo constituyen retratos caricaturescos, hiperbolizados y esquemáticos, se corresponden con los usos de la práctica médica en el XVII, tal como Anastasio Rojo (1993) ha estudiado en Castilla. Del mismo modo, otras fuentes confirman la extendida mala imagen social de estos profesionales. Muchos críticos se han preguntado cuáles pudieron ser los motivos de Quevedo para estas invectivas y ataques tan fieros hacia médicos y demás oficios; Jauralde menciona la enfermedad que padeció Quevedo en 1602 de la que fue atendido por el doctor Fernando Miraval, posteriormente mantendría un pleito con él por los honorarios (JAURALDE, 1998, p. 126). Este episodio pudo ser uno de los motivos que azuzaran la animadversión tan persistente que el escritor mostró hacia el colectivo, pero lo cierto es que bajo su pluma son pocos los oficios, personajes o situaciones que no son objeto de burlas, ni siquiera el propio autor y su oficio de escritor se salvan.

3. LA IDEOLOGÍA Y LA VALORACIÓN DE LA CIENCIA

Tal como Pablo Jauralde ha manifestado, Francisco de Quevedo, al igual que la mayor parte de los intelectuales de su época, concibe la cultura en consonancia con la ideología dominante en su mundo, y sus referencias

⁸ “...vedamos todas las armas aventajadas y dañosas, como son, espadas, pistoletes, médicos, cirujanos, boticarios, necios, habladores y porfiados” (QUEVEDO, F. de, *Obras Completas I, op. cit.*, p. 116).

⁹ QUEVEDO, F. de, *Obras Completas I, op. cit.*, p. 116.

imprescindibles en ella serán su apoyo incondicional a la monarquía y la base cristiana (JAURALDE, 1998, p. 873).

El patriotismo del que hizo gala Quevedo (a pesar de ser acusado precisamente de lo contrario) está asociado a una especie de costumbrismo que le lleva a renegar de todo elemento novedoso. La razón, como se observa en tantos otros escritos de la época, principalmente reside en que la vía de introducción de las novedades suele ser el extranjero. También no debe olvidarse el carácter intrínsecamente amenazante para el *statu quo* en que se conciben las novedades en una época en que el Imperio intenta persistir a pesar de los múltiples obstáculos —internos y externos— que encuentra, y el “refugio interior” es la táctica generalizada, tanto en el plano ideológico y político como en el intelectual. Un ejemplo de esto lo proporciona la escena anteriormente citada de *La Hora de todos y la Fortuna con seso* en la cual el araucano rechaza el telescopio: es un argumento con base técnico-científica para justificar la adhesión del pueblo indígena al imperio hispano frente a las promesas del capitán holandés (QUEVEDO, 1975, p. 172-178). Quevedo resalta en concreto la procedencia de las nuevas ideas científicas y la necesidad de rechazarlas por boca del araucano que, a modo de insulto, llama inventores a los holandeses (“Sois invencioneros...”).

Nada bueno podía proceder de un enemigo de la patria o de la religión; además, toda la polémica “antiguos y modernos”¹⁰ estaba muy presente y el eje principal no era otro que la consideración de las novedades.

En un vehemente escrito de juventud, *España Defendida* (1609), Quevedo mencionaba explícitamente formuladas estas razones, en concreto con la acusación de que todas las herejías —y está pensando en los alquimistas— proceden de Europa y, por tanto, España es el bastión en que se preservaban intactos conocimientos, costumbres e ideas:

“¿Cuándo abrió en España nadie los labios contra la verdad de Aristóteles? ¿Turbó las academias de España Bernardino Silesio, o halló cátedras como en Italia? ¿Tiene acá secuaces la perdida ignorancia del infame hechicero y fabulador Teofrasto Paracelso, que se atrevió a la medicina de Hipócrates y Galeno, fundado en pullas y cuentos de viejas y en supersticiones aprendidas de mujercillas y pícaros vagamundos? ¿Han manchado nuestro papel vuestros mágicos, engañosos Abanos, Agripas y Tritemios a quien veda la Inquisición, no porque sea verdad lo que escriben sino porque no desperdicien y mal logren el tiempo a los que los leyeren?”¹¹.

¹⁰ Una monografía clásica es la de MARAVALL, J.A., *Antiguos y modernos. Visión de la historia e idea de progreso hasta el Renacimiento*. Madrid, Alianza, 1986.

¹¹ QUEVEDO, F. de, *Obras Completas I, op. cit.*

Tanto en esta obra como en *Los Sueños*, las opiniones acerca de Teofrasto, Paracelso y Agrippa no corresponden a un juicio desde un punto de vista científico, sino que su rechazo se dirige a la supuesta heterodoxia que mostraban al desviarse de los argumentos de autoridad de los clásicos. Las razones religiosas (esto es, sus distintos países de origen) eran suficientes excusas para un ataque a estos intelectuales. Quevedo no profundiza más para salirse de estas coordenadas que se corresponden con la situación de España en el mapa geopolítico-religioso de la primera mitad del XVII. En todo caso, es un hecho que en la corte de Felipe IV (un precedente curiosísimo fue la de Felipe II) se recurrió a alquimistas para intentar solventar la grave situación económica. Esto a una mente tan clara y con sentimientos patrióticos exacerbados como la de Quevedo debió suponer un amargo hecho que contribuiría aún más a su escepticismo.

Por último, junto a estas motivaciones de carácter político-religioso que pudieron inspirar a Quevedo, resulta muy interesante un breve recorrido para dejar constancia del eco de otros autores o tradiciones en algunas de las opiniones de Quevedo o, a la inversa, las que él pudo proyectar en otros escritores. Cervantes, por ejemplo, había criticado la astrología judiciaria y caracterizó a don Quijote con cierta animadversión por las supersticiones (el episodio del retablo de Maese Pedro y su mono, así como el magnífico entremés *El retablo de las maravillas*). Y Saavedra Fajardo criticaba la tendencia de los príncipes a consultar a los astrólogos (algo que ya aparece en *El libro del Caballero*, del infante Juan Manuel). Michel de Montaigne, autor admirado por Quevedo, también lo criticaba en uno de sus *Ensayos* (“De los pronósticos”) y, un siglo más tarde, Jonathan Swift lanzaría su sátira contra estos astrólogos en el episodio de la Academia de Lagado mediante el recurso a la hiperbólica exageración al absurdo de su comportamiento según el método científico.

4. CONCLUSIONES

Aunque en la obra de Quevedo la ciencia no tenga la entidad que pueda tener la teología o los escritos de carácter político, las referencias son numerosas y se encuentran diluidas a lo largo de todos sus escritos.

La imagen más común es el rechazo de las teorías científicas, o el escarnio y burla de sus profesionales, sin embargo, en sus escritos aparecen relativamente buenas nociones de astronomía, alquimia, medicina y otras ciencias afines, lo cual es un síntoma del interés que el autor manifestó por estos temas, no obstante, ha de recordarse que se atuvo a unos esquemas tradicionales, lo cual inevitablemente afecta a sus juicios sobre la ciencia moderna.

Desde el punto de vista del contenido, Quevedo dejó abundantes muestras de su conocimiento sobre diversas materias de corte científico como la astronomía, la medicina, alusiones a los principios de la farmacopea o referencias a la geometría. Destaca en su obra la presencia de la ciencia, especialmente mediante la burla y ridiculización de quienes tenían oficios como los médicos o los boticarios, así como los astrónomos y personajes que influyeron decisivamente en el desarrollo de la ciencia moderna, a pesar de no gozar con el beneplácito del escritor ni de los sectores más tradicionales a los que parece representar en ocasiones. Pero no son sólo estos profesionales -que el público llano podía fácilmente identificar con tipos reales- sino que Quevedo también ridiculizó un incipiente afán científicista, como la burla a los geómetras o la caricatura del maestro de esgrima, un tipo que anuncia una nueva época y la nostalgia de modelos de hombre de tiempos pasados.

En suma, su literatura ofrece un testimonio sin igual de la sociedad española del siglo XVII y, en particular, de lo que se pensaba sobre estos temas y la proyección social que tenían quienes se dedicaban a ellos. Así, ilustra ampliamente acerca de los prejuicios sociales sobre ciertas profesiones liberales, especialmente los médicos y oficios relacionados, los argumentos para sospechar de alquimistas, las ensimismaciones de ciertos astrólogos y lo absurdo de sus pretensiones científicistas, las contradicciones entre los principios religiosos y las nuevas ideas científicas, la presión de los acontecimientos políticos sobre el saber o los problemas sociales derivados de malas prácticas científicas.

5. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- JAURALDE POU, P., *Francisco de Quevedo (1580-1645)*. Madrid, Castalia, 1998.
- LÓPEZ POZA, S., “La cultura de Quevedo: cala y cata”, en FERNÁNDEZ MOSQUERA, S. (coord.), *Estudios sobre Quevedo. Quevedo desde Santiago entre dos aniversarios*. Universidade de Santiago de Compostela, 1995.
- MARTINENGO, A., *La astrología en la obra de Quevedo. Una clave de lectura*. Pamplona, Eunsa, 1992.
- QUEVEDO, F. de, *Obras Completas I* (edición de F. Buendía). Madrid, Aguilar, 1947.
- QUEVEDO, F. de, *La Hora de todos y la Fortuna con seso* (edición de L. López-Grigera). Madrid, Castalia, 1975.
- QUEVEDO, F. de, *Poesía original completa* (edición de J.M. Blecua). Barcelona, Planeta, 1996.

- TATO PUIGCERVER, J., “Sobre la «Visita y anatomía de la cabeza del cardenal Richelieu», de Francisco de Quevedo”, documento publicado en la dirección electrónica: [http://www.geocities.com/jtato24/ Quevedo.html](http://www.geocities.com/jtato24/Quevedo.html), 1999.
- TATO PUIGCERVER, J., “Una nota sobre Quevedo, Copérnico y Galileo”, documento publicado en la dirección electrónica: <http://www.ucm.es/info/especulo/numero16/galileo.html>, 2000.
- TURIEL de CASTRO, M., *Antropología y ciencias médicas en la obra de Quevedo*. Simthkline Beecham, 1997.